

## UN RECUERDO, UNA REALIDAD

**EGON WOLFF**  
Dramaturgo

**A**nte la perspectiva de tener que resumir en unas pocas palabras mis impresiones frente al montaje de **Quién le tiene miedo al lobo**, de E. Albee, por el elenco que para este efecto reunió Tomás Vidiella en su Teatro "El Conventillo I", debo recordarme en qué contexto la vi.

Primero que nada, recuerdo que ya tuve una grata reacción cuando, por los pasillos del teatro, me llegó el soplo del nuevo proyecto en que Tomás estaba embarcado. ¿Y por qué? Porque, en primera instancia, una obra así encierra un riesgo, y ya sabemos lo que nos gusta los hombres que se arriesgan. Todos sabemos también por qué caminos anda ahora el magro público que aún cultiva la rara costumbre de ir a ver, periódicamente, qué está pasando en las tablas de Santiago, y esos caminos no lo lleva exactamente a buscar la reflexión. Todo el mundo quiere, antes que nada, entretenerse, y **Quién le tiene miedo al lobo** no es una obra que *entretenga*, al menos no en los términos en que ese grueso público —que nunca es grueso en teatro—, entiende el verbo y sus declinaciones. Lo que pasa es que E. Albee no está interesado en satisfacer esa inclinación, y entonces, su obra resultó áspera, violenta, dura y verdadera. Produje embarazo y eso contradice los cánones de la entretención fácil.

Como a mí personalmente eso me deja sin



cuidado, porque no le tengo miedo a que me digan verdades y me *entretengo* con ello, recuerdo que fui a ver la obra con la estremecida expectativa de volver a ver, al fin, y de nuevo, el buen teatro. Y eso es otra cosa que tengo que agradecerle a Tomás. Que periódicamente nos regale con obras que otros tiemblan en presentar, y con el riesgo de perder

dinero en ello. A Dios gracias, tiene Tomás el buen ojo de presentar también otros montajes, que le permiten volver a llenar su bolsa, y así, el teatro de Santiago tiene la bendita ocasión de poder ver, a ratos, lo que otros también deberían arriesgar para que Santiago volviera a ser la plaza teatral que fue.

Bueno, pero, después de rogar que me perdonen estas disquisiciones, que tal vez ni vengan al caso, quiero entrar en materia.

Guardo en mi memoria la impresión de que **Quién le tiene miedo al lobo** es un ritual teatral de salvaje pasión humana desatada. Tuve esa impresión y la he tenido siempre, cada vez que la he visto en sus diversas versiones, aquí y afuera, y luego también en su traspaso al cine, y cada vez que la he leído me ha cautivado su fiebre y me ha vuelto a confirmar la sensación de hallarme ante una obra de prodigiosa arquitectura teatral.

En esto debemos ser precisos, sin embargo. Un texto que se arma sobre una observación tan nítida de una realidad, con personajes y circuns-



Blanca Mallol, Tichi Lobos, Claudio Valenzuela y Tomás Vidiella. Foto: Ramón López.

tancias fácilmente identificables, en un análisis final, con una específica realidad norteamericana, nos podría inducir a pensar que nos encontramos ante un texto realista, cuyos contornos acuden a nuestro nivel de raciocinio y cuyo diseño reconocemos. La convención que le interesa a Albee es, sin embargo, otra. La trama rompe con la tradición del teatro realista de ir construyendo sobre el andamiaje de efecto que sigue a causa, ya que Albee no nos entrega, casi, argumento sobre el cual armar. Todo gira en la obra sobre un núcleo tan particular, tan internalizante, que se hace casi innecesario el diseño. Es que **Quién le tiene miedo al lobo** no es una obra *realista*, en el estricto sentido del término. Aunque todo induce a

pensarlo así, como ya decíamos, ya que es cierto que George es el típico exponente de una clase media americana, frustrada e inconformista, metida en medio de una organización social que le regatea su dignidad, como hay miles, y Marta, su esposa, la típica representante de una femineidad encumbrada a la primera plana, afluente, insatisfecha, ambiciosa, y frustrable también, la obra es sin embargo, más bien como una alegoría de esa realidad, donde los matices de lo posible se difuminan y diluyen, y donde, por ende, es posible esperarlo y tolerarlo todo. Realidad y su doble.

Emplea, aquí, Albee, una suerte de caótico diseño, basado en la reiteración concéntrica y centrífuga de los mismos motivos y las mismas

justificaciones, una y otra vez, repetitivamente, hasta dejarnos claro a nosotros y a ellos, George y Marta, Honey y Nick, que sus vidas son un fracaso de hecho y un fracaso futuro, porque están basadas en el simulacro, el autoengaño, la humillación y la renuncia, que es a lo que los induce el estar dispuestos a seguirle el juego siniestro a esa sociedad alienadora. La tensión se alcanza en esa reiteración dolorosa, que al final se hace agónica, y que, sin embargo, parece aliviarse con cada sarcasmo lanzado al espíritu del que lo dice y del que lo escucha, al volar de esa increíble pirotecnia verbal, hilarante y terrible, que constituye la obra. Se maravilla uno, a ratos, de tanta imaginación, y en eso radica la magia particular de este texto.

Ahora, ¿qué es lo que hizo Tomás y su grupo con la obra? Cuando nos acercamos al teatro, lo hicimos al amparo de todos éstos antecedentes. Estábamos expectantes por un lado, pero también cautelosos ante los riesgos que esta puesta, tan exigente, ofrece, y ¿qué es lo que vimos? Vimos lo que esperábamos, y una vez más nos conquistó el innegable atractivo de la obra. Vidiella muestra todo el veneno contenido y amargo de su personaje y nos hunde en medio del estómago su lámina de acero. Nos exultamos con su ingenio mordaz. Algo se hunde en nosotros cuando lanza sus dardos y se devuelve como una risa dolorosa y contenida desde nuestro mismo interior, porque su estocada clava el centro de nuestra conciencia. Lo mismo Blanca Mallol y su personaje. Una matrona repleta de virulenta malignidad, dolida y herida en su entraña más íntima, que devuelve los golpes que recibe, a lengüerazos. Marta, la que no soporta ser querida, la que todo tolera menos demostrar alguna flaqueza. La que tiene todo su mundo arreglado al nivel de su íntima, desgarrada y terrible soledad de mujer y ser humano, y que no soporta debilidades ni complacencias. Y entre ellos, la nueva pareja, como dos conejos en jaula de fieras. Réplica torpe e ignorante de lo que podrá sucederles si no despiertan a tiempo y abandonan esa fatídica ambición que los ha llevado a ese fatídico puesto, en esa fatídica universidad que sólo les promete

convertirlos, con los años, en esas dos pobres y heridas fieras que son sus anfitriones de esa noche.

La producción está bien. Tomás y su grupo lo saben, porque han trabajado mucho y han trabajado bien, y ése siempre es un buen comienzo para la satisfacción artística. Además hay talento ahí, y hay una entrega fiera al fiero texto. Confieso que nunca había visto a Blanca con tal despliegue de ciega entrega a su personaje y eso me emocionó. Suda esa producción una seriedad profesional y un respeto que conmueve. Creo también que Willy Semler nos mostró, aquí, lo que tiene, y que nos hace mirar esperanzados al futuro, en un país tacaño en buenos directores. No vi complacencia en ninguna parte, ni de la barata ni de la otra. No vi concesiones a un público hipotético que quisiera que el espectáculo tal vez no les dijera lo que temen, y que les permitiera escamotear la tremenda realidad que allí chilla. No, no hay complacencias, y todos ellos, los cuatro, se muestran tan feos, heridos y terribles como son. Tanto, que desde aquí, desde estas palabras, lo afirmo. Ojalá fuera a ver esta producción más público de Santiago, del que se oculta en sus casas para no saber, y que hoy, horriblemente, hace legión. Creo que necesita esta obra, para entender qué diablos pasa y para que, a la postre, la vida les pese menos.

Hay, sin embargo, un aspecto que quisiera agregar y que dice relación con una cierta impresión que me asalta, cada vez que veo o leo la obra, y cómo el montaje podría obviarlo. Podría parecer contradictorio con todo lo dicho anteriormente, pero tal como está escrito el texto, adolece para mí de cierto artificio insincero, para decirlo de algún modo. ¿Y por qué digo esto? Porque tal como está, la obra me parece a ratos más un ejercicio para golpearlos entre los ojos y dejarnos aturridos, para maravillarnos con el magnífico fuego de artificio de su lenguaje, que para exponer la real dimensión de esa pobre gente, porque me pregunto: ¿vemos aquí, en verdad, realidades humanas en tridimensión? ¿No se trata de un enfoque hecho exclusivamente desde sus muertes y desde la agresividad con que se defienden de ella? Es atractivo



Tomás Vidiella y Blanca Mallol. Foto: Ramón López.

eso. Es tentador. Permite usar la pirotecnia, pero, ¿dónde están, en verdad, sus vidas? Marta muestra fijaciones obsesivas con hechos que, en una meditación final, son de menor cuantía. ¿Triunfar? ¿Es

eso todo? La fijación con su padre campea por toda la obra, pero, ¿qué más hay? George no cumple con la imagen que se ha trazado, ¿pero qué más? ¿Qué hay de querible en él? ¿Puede el texto convencernos que, algún día, ella se refugió en él? ¿Algún día? ¿El primero? ¿O fue siempre, así, su relación? ¿La imagen del fracaso para poder descargar en él la ira frustrada? ¿Y ella, fue alguna vez para él otra cosa que esa matrona de sexo expuesto, pueril, brutal en su encono, reflejo de su estéril virilidad? ¿Es ella sólo un sexo fugitivo y sarcástico, en sus cremas, sus arrugas, sus gritos? ¿Puede convencernos Albee que, algún día, ella lloró en él y fue hija y niña para él? ¿Cuáles fueron sus gustos en común? ¿Sus locuras compartidas?

Creo que el montaje tiene eso, además, de mérito. Tal vez sin proponérselo explícitamente, "El Conventillo I" aportó la intromisión de nuestra alma latina en el espíritu de la puesta, y la revistió de cierto dolor del cual el texto original escasea. Un dolor débil que nosotros sabemos mostrar mejor. Un desamparo.

No sé, son sólo impresiones. El hecho es que, a la postre, la grandeza de la obra queda, porque toca resortes muy esenciales. Nada de esto invalida la magnífica expresión de destreza dramática que la obra es y del terror que inspira.

Debemos agradecerle, reitero, que cada cierto tiempo, Tomás nos ofrezca estos espectáculos que nos recuerdan el teatro de los buenos tiempos. Ojalá hubiera más.